

# ¿Traducir es traicionar?

**Carme Camps**

Llevo aproximadamente veinte años traduciendo y cada vez que me encargan una traducción me enfrento con el mismo dilema: ¿Hasta qué punto he de ser fiel al original?

La función del traductor es "únicamente" expresar la idea del autor en otra lengua, para lo que debe emplear otras palabras (que a veces se parecen a las del original pero significan cosas completamente distintas), ha de atenerse a normas gramaticales y una sintaxis diferentes (o en ocasiones tan parecidas que es fácil que conduzcan a error) y ha de conocer la sociedad de origen del texto, o en la que se desarrolla la acción, y la de los lectores. Y de ahí el dilema.

Es evidente que he de escribir un texto que resulte comprensible para el lector. Al mismo tiempo he de ser fiel al autor, pero ¿he de ser fiel a sus palabras aunque su traducción exacta no suene bien, o puedo cambiarlas por otras que en español quedan mejor? Cuando un autor anglosajón utiliza una de esas metáforas que en español resultan tan extravagantes pero que son tan claras en inglés, ¿la elimino si no es importante para el contenido de la obra, la adapto "traicionando" con ello al autor, o he de respetar la inventiva o el capricho de éste? ¿He de ser fiel al estilo en que está escrita la obra, aunque contenga incorrecciones gramaticales, puntuación incluida, por supuesto? (Aquí no puedo resistirme a mencionar cómo habría podido ser el final

del *Ulises* de James Joyce si hubiera caído en manos de según qué corrector...). ¿Cómo determinar si es pura incompetencia o un recurso literario o estilístico? Y cuando el texto es incoherente o aburrido, o sencillamente malo, ¿hasta qué punto como traductora debo "mejorarlo"? Por otra parte, ¿me está permitido hacer juegos malabares con las palabras: crear términos, verbos a partir de adjetivos o de sustantivos o vi-



MARIANA CHIESA

ceversa, por ejemplo, como permite el inglés, para transmitir una idea de forma más comprensible? Cuando aparece algún dato muy local, el nombre de un actor o un programa de televisión, por ejemplo, que es difícil que el lector español medio conozca, ¿lo dejo aunque no quede claro, lo elimino, busco un

equivalente español o tal vez tengo que añadir una explicación? Y hablando de explicaciones, ¿qué hago con los juegos de palabras: pongo la típica nota a pie de página tan molesta para el lector o lo transformo en otra cosa?

Bien: lo que he aprendido en estos veinte años de experiencia, si es que he aprendido algo, es que ni hay que aferrarse al original ni hay que encorsetarse en el "que quede bien en español", porque en el primer caso podemos obtener lecturas ilegibles o incomprensibles y en el segundo llegar a la traducción plana: la eliminación del estilo en las obras tradu-

cidas. Hay autores que son excelentes narradores pero su léxico no es todo lo amplio y profundo que debiera ser. Por otra parte hay autores que saben emplear con maestría el lenguaje pero se saltan las normas gramaticales, se inventan palabras, se expresan en un estilo original, y aun con todas las "incorrecciones" su obra es de una calidad extraordinaria. Y lo difícil para el traductor a la hora de embarcarse en una traducción es separar el grano de la paja y distinguir cuándo puede y debe "traicionar" al autor y cuándo no. Este es el dilema y el reto con el que se enfrenta: captar la idea, captar el tono, captar la intención del autor. Después, casi se podría decir que las palabras

vienen solas. Y si además tiene tiempo para documentarse como es debido, hacer todas las consultas necesarias, comentar dudas... bueno, esto ya es un sueño y motivo para otras reflexiones. •

*Carme Camps es traductora y miembro de la Junta Directiva de la ACEC*